

tracion de los mismos sacramentos, fastidiar y ponerse de mala inteligencia con los que no se someten á sus exacciones, y tal vez negarse á dar su asistencia si no logran lo que desean? Estos no ven el oprobio de su conducta, y, sin hablar de la ira de Dios, atraen sobre si el desprecio del pueblo, pues no hay defecto que vuelva mas odioso á un párroco como la avaricia. A veces afectan un falso zelo por la conservacion de sus derechos, como si no fuera mejor emplear el zelo en el cumplimiento de los deberes, que en la defensa de ciertos derechos. Lícito y bueno es que se conserven las costumbres decentes relativas á las contribuciones de los parroquianos, mas vergonzosa y simoniaca es la tenacidad de los que las hacen degenerar en graves exacciones. El buen pastor no conoce mas regla que la de prestarse á todo lo que exige la caridad para con los pobres, y tomar lo que le ofrecen segun el uso y liberalidad de las personas. En ciertas circunstancias, vale mas sacrificar un uso y un derecho en materia de interés, que dar lugar á un escándalo y acarrear la tacha de avaricia, vicio siempre odioso, principalmente en los ungidos del Señor, y sobre todo en las funciones del santuario.

---

CAPITULO XXIV.

DE LA HUIDA DEL MUNDO.

ARTÍCULO I

Lo que es el mundo.

Al hablar del mundo enemigo de Dios, que debe aborrecer todo eclesiástico, entendemos la sociedad ó multitud de hombres corrompidos que llevan una vida sensual, que se abandonan al orgullo y depravacion, que prefieren á todo los bienes y placeres de la tierra y desdennan las humillaciones y mortificaciones del Evangelio; que no reconocen mas regla que sus pasiones, y mas divinidad que el favor de los grandes y sus propios intereses; que, aun cuando parezcan seguir un simulacro de religion y de moralidad exterior, en su corazon se hallan prontos á sacrificarlo todo á su orgullo y avaricia; que oprimen al inocente y despojan al huérfano y la viuda; que escarnizan la piedad y celebran la irreligion. Al nombrar al mundo entendemos la falsa sabiduria de tantas máximas impías, de tantos principios erroneos y perniciosos de que reboza el espíritu de los mundanos, y con que apoyan sus obras inicuas, sus injusticias, sus innumerables prevenciones. Todo esto es el mundo anatematizado por el Salvador, que tan miserable espectáculo ofrece á los ojos de los pobres siervos de Dios y de los verdaderos sacerdo-

tes de Jesucristo. Esta es la nueva Babilonia, la infame prostituta que se esfuerza en atraer á sí á los hombres, y que con sus discursos halagüeños corrompe á menudo aun el espíritu de aquellos que conservan la pureza del cuerpo.

ART. II.

Importa que los eclesiásticos huyan del mundo.

En el mundo estais, mas no perteneceis al mundo : *De mundo non estis* (Joann., 15, 19). Dios os eligió y separó : *Ego elegi vos de mundo*. Hay tanta oposicion entre el mundo y el sacerdocio como entre la luz y las tinieblas. Aunque á los demas hombres estemos unidos por los vinculos de la sociedad, formamos una sociedad aparte, casi una nueva especie de hombres : *Separavi vos ut essetis me* (Levit. 20). Vivid en el mundo cuanto lo requiera vuestro ministerio, pero no seais amigos suyos, si no quereis ser enemigos de Dios : *Si quis diligit mundum, non est charitas patris in eo* (Joann., 1, 2). Vivid en el mundo para edificarlo, santificarlo, oponeros á sus escándalos, combatir sus máximas, reformar sus costumbres; mas no busqueis su amistad pues es enemiga de Dios, ni temais su odio, pues antes de vos odió á Jesucristo. Si del mundo fueseis, el mundo os amaria; mas su amor es un odio en realidad, pues si os ama es para conducirlos á la perdicion. ¡ Ah! ¡ cuantas veces sucede que el mundo arrastra en sus vías los mismos sacerdotes enviados para corregirlo!

ART. III.

En que consiste el huir del mundo.

Apartaos del mundo, ó sacerdotes del Señor, esto es, no apetezcáis la compañía de las personas seculares y eclesiásticas infectadas de espíritu mundano. Apartaos del mundo, esto es, del orgullo y vanidad en el modo de vestirse, en los muebles, en los discursos, pues tales son las libreas de los que al mundo sirven. Huid de las intrigas y negocios públicos, de la servidumbre y pompa de los grandes, de las diversiones y compañías brillantes. No busqueis la amistad de los poderosos, ni toméis parte en los partidos y contiendas de los hombres del siglo. Elevaos sobre todas estas bajezas mundanas vosotros que vivís en la humildad y modestia del sacerdocio. Huid de los placeres, banquetes, conversaciones, teatros, negocios, mercados, ferias, intereses, riquezas, honores : *Nolite diligere mundum, neque ea que in mundo sunt* (Ep. 1, Joann. 2, 15). Lejos de toda delicia y honra del siglo, vivid escondidos en Jesucristo, y glorificaos tan solo en Jesucristo : *Per quem mundus crucifixus est, et ego mundo* (Galat., 6, 4). Amad la simplicidad con que despreciaron los santos al mundo, y aun mas la sublimidad con que lo condenaron sin respetar sus ilusiones.

Huid del mundo, esto es, detestad sus máximas, despojaos de sus preocupaciones, que se hallan en oposicion total con las máximas y espíritu de Jesucristo. El mundo habla con entusiasmo de los bienes de la tierra, y con desprecio de Jesucristo. El mundo todo lo autoriza y aprueba cuando al engrandecimiento sirve, y Jesucristo

condena su vana grandeza, su perversidad y sus pompas. ¿Quereis una idea de las máximas y espíritu de Jesucristo? Leed su divino sermón en la montaña en el capítulo V de san Mateo. Llenad vuestra alma de estas admirables máximas, tenedlas presentes en todo lo que obráis ó digáis, y en esto consiste el huir del mundo.

ART. IV.

El mundo corrompe un gran número de eclesiásticos.

Huid del mundo pues contagioso es su trato. ¡Cuántos eclesiásticos se han perdido en este teatro de todas las pasiones, en este piélagos sembrado de escollos! Después de haber renunciado al mundo en el bautismo, y aun más en las sagradas órdenes, ó nunca acertaron á separarse completamente de él en realidad con el espíritu, ó por un adulterio abominable abrazaron sus pompas. Apenas acaban su educación sacerdotal éntran en el mundo, y en lugar de hacerle la guerra con Jesucristo forman con él alianza y á él se consagran más que los mundanos mismos, empleando á este fin los bienes mismos del sacerdocio. Estos siguen al mundo, dice el sabio (*Prov.*, 7, 22) como un becerro llevado á la muerte, que va triscando porque no sabe que lo espera la cuchilla. Otros se dedican á los placeres, ó á los negocios, ó á las intrigas. Su conversacion es siempre según el tono del siglo, se visten á la moda, hablan según las máximas del mundo. Cultivan la compañía de los seculares y eclesiásticos más disipados, que inspiran la vanidad y el orgullo del mundo; al paso que frecuentan los convites, juegos, teatros. En una palabra se dejan arrastrar por el torrente los que

como diques debieren oponerse á la marea arrasadora de los escándalos.

ART. V.

No debemos juzgar del sacerdocio con las ideas del mundo.

Si pretendemos juzgar del sacerdocio con las ideas del mundo, perderemos toda nuestra dignidad. El mundo tiene una idea muy falsa del sacerdocio, que considera según las miras de la carne. Juzga á los ministros de Jesucristo según sus calidades exteriores, nacimiento, riquezas, honores, influencia, ciencia profana. Los juzga según los servicios mundanos que pueden hacer, según la complacencia, respeto y urbanidad; y por todas estas cosas, sucede muy frecuentemente que el sacerdote más vano é inútil en la casa de Dios, es adulado y apetecido por el mundo corrompido que no puede sobrellevar la presencia ni oír las saludables máximas de un fervoroso y verdadero ministro del santuario.

Descarriado se halla aquel que hace uso de las reglas del mundo para juzgar nuestro estado. ¿Qué puede tener de común con el mundo un ministro de Jesucristo? Los altos y generosos sentimientos que tendremos de nuestro ministerio, nos alentarán para sostenerlo santamente y para no degradarlo al nivel de las ideas del mundo. La obra es hija del pensamiento. El sacerdote que desprecia su estado, se vuelve despreciable en el mundo, y se pierde tras sus fantasmas porque carece de un verdadero conocimiento de los bienes y grandezas del sacerdocio; y una causa de la disipacion mundana de tantos eclesiásticos, es la falsa idea que se forman ellos mismos de su ministerio, extraviados por las máximas del mundo.

ART. VI.

Los sacerdotes deben amar el retiro.

Amad el retiro, pues es la puerta de vuestra salvacion. Vivamos escondidos en tanto cuanto nos lo permitan nuestras obligaciones. Si del siglo os retirais, libre os hallareis de las intrigas, conservareis la paz del corazon, ocultos quedarán vuestros defectos, gnarecidos estareis de las censuras del siglo, lejano de toda familiaridad, y mas venerable al comparecer en el mundo cuando lo exija vuestro deber. Solo en la soledad progresa la vida interior y la perfeccion. Los que no viven retirados no conocen las cosas de Dios, ni gustan su espiritu. Las llagas del alma, como las del cuerpo, tan solo pueden curarse en la vida retirada, y en ella tan solo podemos cultivar la oracion y el estudio que son los dos elementos indispensables del estado sacerdotal. En una palabra, la dignidad y la santidad del sacerdocio obligan á la soledad, y en la soledad debe el ministro de Jesucristo preparar las fuerzas para ejercer sus funciones.

El buen éxito del ministerio eclesiástico depende de una comunicacion rara con el mundo, que huir debemos, escepto cuando se trata de hacer bien á nuestros hermanos. Volemos veloces como los ángeles de Dios donde nos llama el interés supremo de las almas, y volvamos despues á cobrar nuevo temple en la soledad apenas satisfecho nuestro deber. De este modo sin peligro será el mundo para nosotros, y útiles le seremos, al mismo tiempo que, viendonos rara vez y en bien suyo, nos acogerá con respeto. Un ministro de Jesucristo, dice san Gregorio (*Greg. in c. 9, lib. 1, Reg.*), debe ser visto

rara vez en público, para que los hombres mientras mas lo vean, tanto mas lo veneren. Entonces se muestra como un hombre bajado del cielo, pues habiendo hablado y escuchado á Dios tanto tiempo por la meditacion y oracion, ha acumulado los tesoros de la eterna sabiduria, para poder vertirlos en sus hermanos.

---

CAPITULO XXV.

DE LAS VISITAS Y CONVERSACIONES DE LOS ECLESIÁSTICOS.

---

ARTÍCULO I.

De la visita. — Tres suertes de visitas.

Dignos son de estimacion los eclesiásticos que viven en el retiro, mas no los misántropos que desprecian y buyen de los hombres, ni los inertes que no saben salir de sus casas ni volver una visita. Y en este punto hay que distinguir tres suertes de visitas : las de necesidad, de conveniencia, y de recreo.

Las visitas de necesidad deber son del ministerio. No hay amor del retiro que valga cuando se trata del interés de Dios ó de su Iglesia. Los buenos sacerdotes, y especialmente los buenos pastores visitan á menudo á los enfermos, comparecen á menudo en las familias ó en las calles en que sospechan desórdenes, intervienen cuando se trata de intereses concernientes á las personas que

tienen bajo su cargo, y acuden como ángeles de paz y de consuelo cuando acontece una desgracia.

Las visitas de conveniencia son propias del ministerio y de la sociedad. No hay que descuidarlas, pues logran muchos bienes é impiden muchos males. Conservan la concordia y buena afeccion con las principales familias que se creen ofendidas si no se presenta su pastor á veces bajo su techo. Mas importa que tales visitas sean raras, breves y reservadas, pues asi concilian el amor sin disminuir el respeto, y no destruyen el espíritu de la soledad, sino lo vuelven dulce y respetable.

Las visitas de recreo ó de conversacion deben tan solo ser una distraccion necesaria, y hallarse bajo buenas reservas.

ART. II.

De las conversaciones y su peligro.—El paseo debería bastar á los eclesiásticos.

Los mejores sacerdotes nunca fueron hombres de conversacion. El menor inconveniente que esta acarrea es la pérdida de tiempo para el estudio y otros deberes. Lo peor es que es peligrosa al espíritu. Despues de la conversacion, escribia san Bernardo, hallareis la meditacion menos devota, el espíritu mas árido, el alma menos regada de las aguas celestiales de la gracia, y la víctima de vuestras oraciones menos pingüe y menos pura. Tambien, escribia san Basilio á su amigo Nacianzeno, que habia abandonado la conversacion como origen de muchos males, y el mismo Nacianzeno preferia á la conversacion el paseo solitario por la ribera del mar. *Este paseo, decia, me sirve de diversion, y sacude el fastidio ordinario.*

Tal podria ser la práctica comun de los eclesiásticos. A la conversacion podria ventajosamente sustituirse el paseo ameno, y asi lo efectuan muchos dignos eclesiásticos que aman el estudio y la oracion, que cultivan el recogimiento y espíritu propios á su estado. Asi lo efectuan, y con mucha satisfaccion, pues basta el paseo para restaurar el cuerpo y el espíritu. Los que tienen mucha inclinacion á conversar particularmente con los seculares, muestran que, bajo el hábito religioso, encubren un alma secular.

ART. III.

La conversacion de los buenos eclesiásticos. — Debemos apartarnos de los malos.

La sola conversacion que conviene al sacerdote y que puede serle útil es la de los buenos ministros de Jesucristo. Cada oveja con su pareja. El soldado prefiere la conversacion de los soldados, el labrador la de los labradores, y el sacerdote debe buscar la de los sacerdotes. ¿Acaso no son elementos de una asociacion agradable los mismos estudios, las mismas costumbres, las mismas ocupaciones? ¿Porqué no podremos vivir unos con otros? ¿Qué necesidad tenemos de buscar á los mundanos? Cimentad entre vosotros mismos vuestra union, párrocos y sacerdotes, y conversad en el temor de Dios y segun el espíritu del sacerdocio.

Mas tan honrosa y santa como es la conversacion de los sacerdotes virtuosos, tan perniciosa y fatal es la de los sacerdotes mundanos, que estraga mas que la de los malos seculares, pues, entre sacerdote y sacerdote, la misma analogia de estado, al paso que facilita una insi-

nuacion mayor, propone ejemplos mas análogos é imitables y vuelve mas fácil la comunicacion del espíritu. Como somos mas capaces de vicio que de virtud, y que esta se corrompe facilmente por aquel mientras que rara vez acontece lo contrario, tal como un hombre sano que adquiere facilmente la enfermedad de un hombre enfermo que frecuenta, mientras que no es natural que la salud cobre este mismo enfermo; así es moralmente imposible que un jóven eclesiástico se mantenga en una vida arreglada y virtuosa, si frecuenta la compañía de sacerdotes corrompidos, viciosos y mundanos, los cuales prescinden de religion, ó la interpretan y doblegan segun sus intereses, descarriando las almas de la via del cielo, pues así autorizan en cierto modo sus desarreglos. Huid, hermanos míos, de su contagio, y compadeceos de los pobres eclesiásticos que los frecuentan, los cuales ó estan ya perdidos, ó llegarán á perderse.

ART. IV.

Debemos huir las conversaciones seculares y mundanas

Si no es de obligacion absoluta el huir de las conversaciones seculares, aunque poco conformes al espíritu del sacerdocio, notemos á lo menos algunas clases de personas cuya conversacion prohibida está al sacerdote.

Los mundanos avasallados por los intereses y deseos de la tierra, que tan solo hablan de fortuna y riquezas : *Et hos devita.*

Los libertinos y sensuales, que blasonan de sus vicios é impurezas, que infectan las conversaciones con sus anécdotas y chocarrerías escandalosas. Los irreligiosos

que se mofan de las cosas santas, que fomentan dudas relativas á los misterios de la religion y á las leyes de la Iglesia.

Los jugadores desenfadados que no pueden pasarse de diversiones y partidas de placer.

Los hombres atolondrados y maldicientes que tratan de cosas frívolas, que carecen de sal y prudencia en sus discursos, propensos á la murmuracion, siempre listos á meter chismes y enredos. Por último, las mugeres si bien virtuosas y de buena reputacion.

¿ Quien pueda dejar de ver á primera vista la indecencia ó peligro de semejantes conversaciones? Temamos, ademas del peligro para nosotros mismos, el escándalo que podemos dar. Conservemos intacto nuestro decoro, pues nada, dice un concilio, espone á mas desprecio á un sacerdote que el verlo continuamente con seculares y con personas de un sexo diferente. ¿ Cómo pueden intitularse ministros de Jesucristo ciertos eclesiásticos que pasan los dias y aun las noches con un tropel de mozalbetes y mugercillas?

ART. V.

Reglas para la conversacion de los eclesiásticos.

Nunca deben perder de vista el consejo del apóstol los buenos eclesiásticos que necesitan hallar recreo en una conversacion honrada : *In omni conversatione vestra sancti sitis* (Pet. 1, c. 1, v. 5). A este fin deben adoptar algunas reglas sugeridas por los santos, para poder conversar sin perjudicar al espíritu y con edificacion del prójimo.

Lo primero es que nunca salgan de su casa para ir á gozar de una honrada conversacion, sin encomendarse un momento al Señor, avivando la fe en la presencia de Dios y del ángel custodio, y conmemorando las principales advertencias que van á continuacion.

Lo segundo, que sin ser importuno ni pedante, esforzarse debe el sacerdote en hacer caer la conversacion en asuntos útiles y sólidos, ó declinar á lo menos los frívolos y peligrosos. Y si platicase con otros eclesiásticos, ó personas pias, conviene que ruede la conversacion principalmente sobre los deberes y estudios de nuestro estado, y sobre la dificultad de cumplir santamente con nuestro ministerio.

Lo tercero, si se viese obligado el eclesiástico de alternar en conversaciones relativas á las materias del siglo, muy recomendable será que mezcle, cuando la ocasion lo ofrezca, alguna palabra moral y pia sobre la caducidad de las cosas terrenas, los peligros de la salvacion, las consecuencias desastrosas del pecado, etc.

Lo cuarto, conviene que haya mucha moderacion en el modo de sostener con teson la propia opinion, y mas vale ceder, en materias de poca entidad, que acreditarse de testarudo: *Præstat vinci, quam periculose vincere* (Nazianz. *Orat.*, 1). *Vincis dum cedis* (Ambros.).

Lo quinto, importa tener un cuidado especial en no alzar la voz, pues es signo de poco modestia y poco urbanidad: *Non clamabit, neque contendet* (*Sap.*, 8, 18).

Lo sexto, es necesario evitar dos escollos que son el hablar y el callar en demasia, pues prueba podria pasar de ligereza ó disimulacion: *Humilis pauca verba, et rationabilia verba loquitur* (Bernard.).

Lo séptimo, se debe hablar y dejar hablar, escuchando

cada uno á su vez con afabilidad y sin interrumpirlo, pues signo es de sabiduria no solo el hablar bien, sino el escuchar con atencion: *Esto mansuetus ad audiendum verbum* (*Ecclesiast.*, 5, 15).

Lo octavo, se debe procurar con todo el cuidado posible el no ser chistosos á costa agena, con dichos epigramáticos ó malignas narraciones; al contrario debemos tomar la defensa de toda persona acusada presente ó ausente.

Lo nono, conviene no hablar de si mismo y de un modo aprobativo: *Laudet te os alienum et non tuum* (*Prov.* 27).

Lo décimo, mantengamonos con decencia y compostura modesta, pues contrarias son á la cortesía secular y á la gravedad eclesiástica, la ligereza de palabras, la abundancia y precipitacion de gestos, las carcajadas estrepitosas, los modales desencajados, y las posturas abandonadas y poco decentes: *Conversari debet Christi minister, ut in moribus exterioribus compositiones interiores existimentur* (Bernard.).

Lo undécimo, durante la conversacion, debemos dirigir de cuando en cuando nuestro pensamiento á Dios y al ángel custodio, repitiendo en nosotros mismos alguna breve jaculatoria para que nos ampare el Señor en medio de los peligros y asechanzas que nos rodean. Que en todo hallemos ocasion para elevarnos á Dios é invocar su auxilio.

Duodécimo, la conversacion de los eclesiásticos debe acabar pronto. Nuestras ocupaciones son serias y numerosas, y así no hay que perder tiempo en la conversacion de los hombres, cuando se trata de hablar con Dios y cumplir con lo que nos manda. Las largas pláticas enervan y evaporan el espíritu.

Décimotercio, si bueno es armarse de la oracion antes de conversar, no lo es menos el purificarse con esta despues de haber conversado : *Egredientes hospitio armet oratio, regredientibus de platea oratio occurrat antequam sessio* (Hieron.).

---

## CAPITULO XXVI.

DE LA CONCORDIA ENTRE LOS ECLESIASTICOS.

---

### ARTÍCULO I.

Importancia y belleza de la concordia entre los eclesiásticos.

Si todas las empresas necesitan la union y concordia de los que á ellas cooperan, ninguna con mas certidumbre y de un modo mas absoluto que el servicio de la Iglesia. Como las cuerdas de una citara, importa que formen armonia entre sí los sacerdotes para cantar en maravilloso concierto la gloria de Jesucristo. ¡Felices las parroquias en que los sacerdotes están unidos entre sí y con el párroco! Nunca se hallan mejor servidos los fieles, ni mejor cuidada la Iglesia que cuando estrechamente unidos se hallan los sacerdotes. Uno ayuda al otro; lo que no puede efectuar este, aquel lo consigne, y toda empresa llega así á un resultado feliz, pues para todo hay una mano y un voto unánime. Cada empresa es alabada por los demas, y ninguno se atreve á criticar la obra de un eclesiástico en presencia de sus hermanos, mirando cada una como suya la causa comun. Invenci-

bles son como una roca fortificada, y en vano contra tan santa union estrella su furor el infierno, en vano se esfuerza en separarlos : *Frater qui adjuvatur a fratre quasi civitas firma* (Prov. 18). Uniformes en las máximas y sentimientos se hallan siempre de acuerdo tanto en la propia conducta, como en el gobierno de la parroquia : *Eandem charitatem habentes, unanimes, idipsum sentientes, nihil per contentionem, neque per inanem gloriam, sed in humilitate superiores sibi invicem arbitantes* (Philipp., c. 2, 5). Conversan entre sí, se enseñan, se corrigen reciprocamente, sin que ninguno se ofenda. Los mas virtuosos compadecen los mas débiles. Todos se aman y se abren el corazon de un modo franco y prudente. El dolo, la mala fe, la frialdad de corazon son cosas desconocidas. Apenas nace un resentimiento pasajero, al momento se disipa, é ignoran los seculares una ligera desavenencia que pueda haber ocurrido entre ellos, pues zelosos de su decoro y de la edificacion pública, se respetan sobre todo á los ojos del público, y este admira su union, forma de ella gran concepto, y se afeciona cada vez mas al sacerdocio y á la religion. Las facciones que destrozan tantas otras desgraciadas parroquias, nunca pueden penetrar donde reina la concordia. A todo esto hay que agregar que la union entre los eclesiásticos determina y cimienta la de los fieles, resultando el órden y la paz que atraen la bendicion del Señor.

### ART. II.

Deplorable calamidad es la discordia entre los eclesiásticos.

Quando reina la discordia entre los sacerdotes, todo es confusion y perversidad. Se disfaman unos á otros,